

videncia" para conformar á ello nuestra conducta, porque esta libertad ha formado la sociedad en lo que ésta tiene de más grande, no podemos acabar de comprender esos espíritus que por sí mismos se llaman fuertes, y nosotros denominamos débiles por sus inconsecuencias diarias.—Éstos, en su mayoría, no reclaman para los que llaman sus enemigos, y que más bien deben considerar como hermanos que los compadecen, mas que les pese, otra cosa que la esclavitud moral y material, sin dejarles siquiera la libertad para soportar las cadenas con dignidad, pues por todas partes siembran la inmoralidad induciéndonos en primer lugar al desprecio de toda autoridad. Querrán negar esto último; pero nosotros les preguntamos ¿qué hacen cacareando la pretendida *soberanía popular*, y al mismo tiempo enseñándonos ese menosprecio para toda autoridad con su ejemplo despreciando la de este pueblo SOBERANO por el acto de justicia que, aunque sumamente pacífico, se hizo un día levantándose contra el tirano Morazán?

Antes que los aduladores pretendan colocar en veneración la espada de éste, como el tirano Gesler, muerto por Guillermo Tell, puso el gorro de su emperador, y con el deseo del MUTUO respeto entre el Pueblo y el Gobierno, concluimos recordando que el Gran Napoleón dijo.—“Mi primer deber es impedir que se emponzoñe la moral de mi pueblo, porque el ateísmo es el destructor de toda moral, si no en los individuos, al menos en las naciones.”

Si algunos se creyeran aludidos en nuestras aseveraciones les advertimos con Larra (*Figaro*) que hacemos cuadros, mas no retratos; agregando que tomamos la pluma, que por varias razones se enmohecía,

porque anhelamos no ver á nuestra patria convertida, tarde ó temprano, en la Francia de 1793, personificando la diosa Razón en una ramera á quien se le daba culto en los altares. Deseamos todo lo bueno de aquella nación; pero no las fatales consecuencias de aquella célebre Revolución; á las cuales nos quiere conducir un pequeño y fatal círculo digno sólo de ser despedido por todos conforme el consejo de Quevedo á Felipe IV, pues contamina á cuantos se nos arriman aún por casualidad. Á ese caos nos conducía Morazán, mientras que Carrillo nos mostraba el camino del orden, paz y progreso que deseamos para nuestra patria y que esperamos del bien intencionado Presidente actual, porque no dudamos que se inspirará en la bien entendida libertad que no derrama la sangre de sus hijos como hace el pequeño partido citado en Guatemala, esa libertad que nos hace decir las verdades, sin temor alguno á toda persona que queremos, porque somos verdaderos AMIGOS DE LA AUTORIDAD Y DE LA JUSTICIA.

(De “El Tío Simón” del 12 y 17 de noviembre.)

## MORAZÁN.

Ha brillado ya en el n.º 152 de "El Comercio" el primer relámpago precursor de la tempestad que ha de estallar sobre mi cabeza, por haberme atrevido á poner en duda el genio, el heroico valor y las cualidades estadísticas de un hombre reverenciado hasta el fanatismo por todos sus sectarios.

Si al autor del bien escrito artículo del ya citado número de "El Comercio" le parece bien, comenzaré por suplicarle que descartemos de la cuestión mi personalidad, tan pequeña é insignificante que no vale la pena de que se discuta.

Convengo en todos los defectos que me atribuye: pasión, bilis, envidia, torpeza de juicio, imprudencia en manifestar lo que siento, y además añado otro muy importante y que á él se le quedó en el tintero: la falta absoluta de imaginación, á tal punto fuera de mis facultades, que, en las plumas de *guacamayo* con que se adornan ciertas cabezas, no veo como otros el prestigio de la grandeza, y sí solamente un abigarramiento disonante.

Entro ahora en materia. Con mucho cuidado había visto, aun antes que el señor articulista me lo recomendara, los periódicos oficiales de la época de Morazán, la descripción de las acciones de Gualcho,

la Trinidad, Charcas y El Espíritu Santo, y en verdad que nada encuentro en el héroe que pueda semejarse á la acción de Leónidas defendiendo el Paso de las Termópilas con trescientos hombres contra un millón; á la de Bayardo rechazando á trescientos caballeros por sí solo en una cabeza de puente; á la de Cambro-ne exclamando "¡M....., la guardia muere pero no se rinde!" ni siquiera á la astucia de Máximo Blanco y Joaquín Fernández, tomando los vapores del río sobre balsas amarradas con *bejucos*.

¿Puede el señor articulista, tan versado en todo lo que concierne á su héroe señalarme alguna hazaña en que le veamos exceder la talla común de la humanidad, con tal que esa hazaña no sea como la de ofrecer su barquito y su espada para arrojar á la Gran Bretaña de San Juan del Norte cuando á título de protección al rey Mosco se apoderó de dicho puerto?—Véase *Reseña Histórica del doctor Montúfar*, página 47, tomo IV.

En la retirada de la plaza de Guatemala el 19 de marzo de 1840 no puedo ver, tal es mi ceguera, más que un acto instintivo de la propia conservación.

El héroe hizo aquella vez lo que frecuentemente hacen todos los que, para evitar un peligro mayor, afrontan otro menor. Así el que se arroja desde una ventana de segundo piso, para evitar las llamas que ya lo rodean, simplemente obedece al instinto de la propia conservación.

Diferente sería el caso si encontrándose Morazán fuera de la plaza de Guatemala, hubiese roto la línea para penetrar en ella con el fin de salvar sus fuerzas comprometidas y abandonadas por un subalterno inexperto y poco valeroso.

Decir que Morazán fuera un cobarde es demasia-

do, y yo no creo haber hecho tal afirmación; pero que tenía demasiado susceptible el oído, está fuera de duda.

El canto de la salve en Guatemala lo impresionó vivamente, y aquí el estampido de un cañón lo dejó aterrado.

Mientras todas las hostilidades del pueblo costarricense se limitaron á hacer tal cual disparo con escopetas venaderas y á tirar bombas de cohete para hacer bulla, el héroe y sus generales recorrían las calles de la ciudad, deshaciendo grupos indefensos é irregulares; pero no bien se oyó el primer cañonazo, cuando el héroe dió la orden de *sálvese quién pueda*.

Perdóneseme en este lugar una pequeña digresión. En uno de tantos motines frecuentes en Guatemala el arzobispito don Francisco García Peláez, salió de su palacio á auxiliar á algunos heridos moribundos. Estaba en esta santa ocupación cuando se avistaron dos partidos enemigos que comenzaron á tirotearse.

El arzobispito, entonces, puesto de pie y con las manos en las orejas gritó:—“No sean pesados; si tiran me voy.”

Morazán debió haber dicho lo mismo, y si no lo dijo, lo hizo, porque es lo cierto que partió, como siempre, á uña caballo, con rumbo á las playas del Atlántico.

Detúvose á respirar en Cartago, y mientras tanto sus perseguidores que le seguían de cerca lo alcanzaron y aprisionaron.

Ya preso, don Ventura Espinach sin autorización de ninguna especie, le hizo entrever que acaso podría salvarle la vida, sin ofrecérselo de un modo positivo, porque, como queda dicho, ni estaba autorizado, ni tam-

poco es verosímil que á un prisionero se le den prendas de esta naturaleza.

Traído el prisionero á San José, el pueblo, que cuando obra por sí mismo no necesita de otra forma que la de la identificación de la persona, se hizo justicia por sí mismo.

Cuando estos sucesos acaecían yo era un niño y me encontraba en Guatemala; por consiguiente, nada puedo afirmar de vista; pero sí en virtud de informes numerosos y respetabilísimos, que los pueblos de Cartago, San José, Heredia y Alajuela, casi en masa, hombres, mujeres, viejas y niños, tomaron parte en ellos.

Si el ejemplo de Maximiliano no le acomoda al señor articulista, no tengo inconveniente en limitarme sólo á Miramón y sus compañeros, todos mexicanos de nacimiento: y si además cree que para que Morazán mereciese la pena que sufrió debía concurrir la circunstancia de haber intentado variar la forma de Gobierno, bástele saber que el principal propósito del caudillo era el restablecimiento de la unión federal, que de hecho despojaba á los Estados, de la autonomía que habían asumido.

Morazán—dice además el articulista—no hacía más que obedecer órdenes de la asamblea.

¿Tendría el señor articulista la bondad de citar dichas órdenes?

Morazán afirma en su testamento que la expedición no tenía otro objeto que el de rechazar las fuerzas de Nicaragua que invadían el departamento del Guanacaste.

La disculpa tal vez pudiera ser admisible si los preparativos de embarque en Puntarenas no estuvieran desmintiéndola.

Morazán equivocaba el camino para ir al Guanacaste.

En otra oportunidad expondré los motivos que tengo para creer que Centro América repudiaba la unión el año de 1842, que la repudia hoy, y que seguirá repudiándola mientras una transformación completa no le permita hacerla de manera que sea útil y racional.

**J. Volio.**

(De "La República" del 16 de noviembre.)

---

## MORAZÁN.

---

El autor del artículo que corre en el n<sup>o</sup> 153 de "El Comercio" bajo el rubro que encabeza estas líneas, manifiesta su extrañeza por mi atrevimiento al poner en tela de juicio las grandes dotes del General legendario pronosticándome al mismo tiempo, la sorpresa que con tal motivo han de experimentar todos los pueblos de Centro América que le han erigido estatuas; los historiadores y biógrafos que han ensalzado su memoria, y tantos oradores y tantos poetas que han hecho su apoteosis.

Pero por grande que sea su sorpresa, espero que han de tener en cuenta el motivo que me ha impulsado á expresarme en los términos que lo he verificado en los artículos anteriores.

Olvidados estaban los aciagos sucesos del mes de setiembre de 1842: nadie y yo menos que ninguno, pronunciaba una sola palabra contra Morazán.

Creyendo el Gobierno de esta República completamente extinguidos los odios de partido, y con el propósito, supongo, de dar una prueba de la extinción de esos odios, ó tal vez de amistad ó deferencia al partido hoy dominante en Centro América, ó quien sabe con cual otro motivo, porque carezco de datos para hacer afirmación alguna, emitió el decreto de 15 de setiembre del año en curso.

Era de esperarse que el partido *morazanista* acogiera con agradecimiento el proceder generoso de la República, ó que por lo menos, guardara silencio sobre el particular.

En vez de realizarse esta legítima esperanza, que era natural abrigásemos, nos contesta aceptando el acto como expiación del infame asesinato cometido en la persona de Morazán.

Por mucha calma, resignación y paciencia de que un hombre pueda estar dotado, es imposible sufrir á sangre fría insultos tan procaces como groseros, y guardar un silencio que bien pudiera interpretarse como asentimiento al cargo que se nos dirige.

Por mi parte confieso que pocas veces tal vez nunca había sentido hervir mi sangre con tanto calor como ahora.

Madre y patria ocupan en mi corazón el mismo lugar; y nunca veré con indiferencia el insulto hecho á una ó á otra.

Bien pudieron los *morazanistas* seguir quemando incienso á su ídolo y elevándolo hasta donde quisieran sin que á nosotros nos importara un semi-dios más ó menos en el Olimpo, con tal que se hubiesen abstenido de recurrir á la injuria, por sólo el placer de vilipendiar á un pueblo.

Si creen que necesitan para deificar á su héroe imprimir en nuestra frente el estigma de la maldición, estamos en el derecho de reducir, cuanto la verdad lo permita, las proporciones del semi-dios, y demostrar que el Cristo de los *morazanistas* no es el Cristo que espiró en el Gólgota; ni el pueblo de Costa Rica el israelita, que viene desde hace diez y nueve siglos siendo el objeto del desprecio universal.

Acepten en hora buena si no sienten repugnancia, los pseudo-liberales, la afrenta con que sus correligionarios los obsequian, que por mi parte haré cuanto me sea dable para apartar del rostro de mis conciudadanos el hierro candente que se les quiere aplicar.

¡Delinquir un pueblo cuando obra en masa! Es un disparate que no oyeron ni los vasallos de Felipe II.

Estaba reservado á los pseudo-liberales centroamericanos el concebirlo y proferirlo.

El pueblo en masa, conforme á la doctrina de los hombres que tenemos la raíz en el pasado, es impecable, el único soberano: la ley, nada más que su voluntad, mudable cuando y mejor le plazca: las autoridades, simples delegados ejecutores de esa misma voluntad.

Para el pueblo sólo es bueno y justo lo que él quiere y manda; no siendo, por consiguiente, malo é injusto, sino lo que él no quiere ó prohíbe.

La misión de los hombres pensadores está limitada á ilustrar y persuadir al pueblo; pero las teorías, por buenas que sean, no toman fuerza mientras el pueblo no las acepta.

Atenas, expulsando á los hombres que se hacían notar para librarse de ambiciosos que aspirasen á cambiar el poder democrático, hacía su voluntad, y casi se puede decir que acertaba.

Ojalá nosotros también hubiéramos desterrado tantos grandes hombres que tan grandes males nos han hecho, y no hubiéramos admitido en el poder más que modestos y patriotas ciudadanos, exentos de toda ambición personal.

¡Gran estadista Morazán porque ocupó la presidencia de la República durante dos períodos! ¡Gran- de porque quiso imponernos con la fuerza de las armas un sistema que no queríamos!

¡Grande porque se hizo declarar dictador y libertador!

Examinemos aunque sea ligeramente esta triple grandeza.

Si la capacidad de un hombre hubiera de valuar-se por el tiempo más ó menos corto que haya desempeñado un destino, la mayor parte de los ineptos ocuparía la primera categoría, y muchos de los hombres verdaderamente eminentes, se convertirían en lastimosas nulidades.

Don Manuel Aguilar, por ejemplo, que no gobernó más de un año, entraría en el número de los últimos mientras que Carrera, que vivió y murió en la presidencia de la República, debería estar colocado en el primer rango.

Si el tacto político se hace consistir en imponer al pueblo un sistema que rechaza, no habría hombres más grandes que aquellos que por el hierro y el fuego han querido cambiar las creencias religiosas, ni otros tan pequeños como los que han predicado la tolerancia.

Los pseudo-liberales en su rabia de federación, no retroceden ante los medios brutales que Morazán y Barrios han querido emplear.

Veán ellos la federación, y no importa que el país se inunde en sangre, y que los huesos de los muertos blanqueen nuestros campos.

Bendito sea el General Fernández y los hombres que le ayudaron á rechazar el yugo que Barrios quería imponernos, aunque ahora haya quien deplóre no haber sido uncido á ese yugo.

Pero lo que más llama la atención es que durante medio siglo de alharaca y palabrería no haya habido

quien proponga los medios prácticos para llevar á cabo un pensamiento que, en concepto de ciertas imaginaciones, nos ha de colocar en la misma línea que los EE. UU. del Norte ó la República Helvética.

Ahora que los federalistas se encuentran en su mayor apogeo, deben apresurarse á colocar el muñequito sobre las tablas: nosotros aplaudiremos hasta que, entre silbidos y risas, desaparezca el tal muñequito, como desaparece todo lo que es fantasmagórico y artificial.

La antigua federación cayó no tanto por la inepticia de sus jefes y sostenedores, cuanto porque era un acontecimiento fatalmente necesario. La nueva caerá igualmente en un tiempo más ó menos largo, porque los fenómenos políticos y oficiales, lo mismo que los naturales, están sujetos á leyes ineludibles.

No somos Dios para que podamos decir hágase la federación y la federación quede hecha.

Necesitamos resolver antes ciertos problemas que pueden encontrarse reunidos en una forma elemental de álgebra, que no es esta la ocasión de exponer.

Atribuir grandeza á Morazán por haberse declarado dictador y libertador, es afectar que se desconocen los medios de que ciertos hombres se sirven con tanta frecuencia para alcanzar esos puestos.

Desde que un pueblo va á deponer á los pies de un amo *expontáneamente* el tesoro de sus libertades, el amo está juzgado, aunque de seguro no en el sentido de la grandeza.

Detengámonos ahora á examinar de cerca los triunfos militares del General Morazán en el orden en que los expone la Reseña Histórica del Dr. Montufar.

Triunfo de San Antonio.—Iba á tomar este her-

moso florón de la corona del héroe para someterlo á las leyes de la crítica, cuando al tocarlo se me deshizo entre las manos como pompa de jabón.

No hubo pelea, no se disparó un tiro, ni se pronunció siquiera una palabra amarga.

Lo único notable en esta gran batalla es una tontería que no hubiera cometido el último de los reclusos, y por la cual el gran General en cualquier país del mundo, habría sido sometido á un consejo de guerra.

Puso en libertad á los prisioneros, olvidando que el primer deber en la guerra es el de aprovechar las ocasiones para disminuir los recursos y la fuerza del enemigo.

La piedad en tales casos produce funestos resultados como el mismo Morazán tuvo ocasión de verlo, no bien los prisioneros recobraron la libertad.

**J. Volio.**

(Continuará.)

(De "La República" del 23 de noviembre.)

---

Señor Editor de "La República."

Si U. cree que conviene, sírvase dar publicidad á lo siguiente, en relación con el asunto Morazán.

No debe creerse que trato de decir cosa nueva, porque en un asunto tan *manoseado* (palabras altas), como ha dicho algún González, nada nuevo puede decirse.

Me propongo sintetizar á juzgar.

Daré á cada cosa su nombre, como yo la entiendo, sin *aferrarme*, porque soy el primero en ceder á la razón, cuando tengo la dicha de conocerla.

Como casi todos los que se han ocupado en este asunto se han salido de la cuestión, quiero salirme yo también para, á vista de pájaro, abrazarla en todas sus faces.

1º—¿El General Morazán obtuvo legalmente el ejercicio del Poder Supremo en el Estado de Costa Rica?

2º—¿El General Morazán correspondió á la confianza que se le tuvo en Costa Rica?

3º—¿El General Morazán pudo salir de Costa Rica sin desdoro para sus glorias (pretendidas ó justas) con todos los suyos?

4º—¿El General Morazán tuvo justicia para ametrallar al pueblo de Costa Rica?

5º—¿El pueblo de Costa Rica tuvo justicia para imponer la última pena al General Morazán?

6º—¿El decreto de 15 de setiembre del corriente año, entraña una resolución política conveniente?

I.

Creo que el General Morazán no obtuvo legalmente la Jefatura Suprema en el Estado de Costa Rica.

En el Jocote, en virtud de la traición de uno que no era costarricense y que por una torpeza del Gobierno llevaba el mando de las fuerzas costarricenses, se firmó un pacto entre el traidor y el invasor, en virtud del cual éste ejercería la Jefatura Suprema en primer lugar, y aquél en segundo: de ahí el título originario del poder de Morazán en Costa Rica.—Un pacto entre la invasión y la traición.

II.

Creo que el General Morazán no correspondió á la confianza que en él tuvo mucha parte del pueblo.

Con razón ó sin razón, la generalidad ilustrada creía que el General Morazán era un militar experto, un político entendido y un hombre honrado; y como medio para librarse del oprobio de la dictadura, lo aceptó, á pesar del pacto atentatorio del Jocote, en virtud del cual entró á San José á tambor batiente, gloria que á nadie ha tocado en el mundo. Alejandro entró en París llamado por el terror de Europa, y Morazán entró en San José atraído con el dinero de unos pocos y apoyado en una traición. El primero, Alejandro, fué bestialmente grande; el segundo, Morazán, fué chiquitamente mercenario, porque des-

pués de haber ofrecido su *espada* para echar de Nicaragua á la Gran Bretaña, llegó á Costa Rica pretendiendo, no el bien de ella, sino que le sirviera de punto de apoyo para intentar la realización de la forma de uno de sus sueños.

Uno de sus panegiristas, el liberal Dr. Montúfar, lo afirma, y aunque él no lo afirmara, Costa Rica sabe que fué así, porque sus hechos evidenciaron que nada le importaba la suerte de este pueblo.

Convocó á elecciones para diputados á una Asamblea Constituyente: ésta se instaló, y lo primero que hizo fué declarar á Morazán “Libertador de Costa Rica”.... Se creyó que había desaparecido la dictadura! Esto sucedía á mediados de julio de 1842, y el 27 de agosto se presenta de nuevo la dictadura en su forma más brutal y corruptora porque pretendía llevar el traje de la legalidad. Es verdad, que antes Morazán había firmado el decreto de la Asamblea Constituyente que creó en Cartago un establecimiento de enseñanza y que los morazanistas atribuyen á su ídolo, pero esto es contraproducente é ilógico. Si Morazán fué el autor de ese decreto ¿quién sería el autor del que lo declaró libertador de Costa Rica, quien el autor del que le confirió el poder omnímodo, y quién el autor del que cerró las sesiones de la Asamblea Constituyente?—Además, es ilógica la suposición de que Morazán á ese respecto, hiciera otra cosa que firmar, porque el enemigo de los frailes y las monjas y de todo lo que huele á *santos* (exceptuando los cálices, copones y custodias de oro y pedrería) en vez de haber llamado á su obra “Colegio de san Luis Gonzaga,” le habría puesto por nombre “Colegio de la Unión” ú otro parecido.



III.

Que el General Morazán pudo salir airoso y sin desdoro de ninguna especie para él y los suyos, con provecho para todos, para Costa Rica y para Centro América, es un hecho que confiesan sus panegiristas, y que la prensa ha demostrado; y todos sabemos que no lo hizo, no por apego á la idea que le atribuyen, sino por vanidad y torpeza.

Además, en política no sucede como en ideología y moral, en que las ideas son buenas ó malas en absoluto; sino que en política las ideas son buenas por su oportunidad práctica, y todos sabemos que la que se le atribuye á Morazán, era en aquellas circunstancias racional y materialmente impracticable.

IV.

Creo que Morazán no sólo no tuvo justicia, sino que ni aun excusa, del asesino atropello que intentó contra el pueblo de Costa Rica, porque sea cual fuere el propósito que le servía de estímulo, la vanidad y torpeza no pueden excusar las iniquidades que cometió en los días 12, 13 y 14 de setiembre.

V.

Que el pueblo de Costa Rica tuvo justicia para ultimar al General Morazán, es una cuestión compleja y profunda que quiero abordar en dos de sus facetas; la del derecho—los principios—y la del hecho—la política.

No obstante que mi conciencia rechaza la facul-

tad social para imponer la última pena, mi razón no es bastante altanera para condenar al mundo culto que la admite, y en consecuencia, para apreciar el hecho concreto á que me refiero, no debemos tener en cuenta principios que no estando aun definidos, menos podían estarlo en 1842, y tan sólo debemos considerar la situación en que se verificó el hecho.

Veámosla.

El país estaba desorganizado.

¿Quién fué el autor de la desorganización?

La Asamblea Constituyente había cerrado sus sesiones el 2 de setiembre y siendo Jefe omnímodo el General Morazán, el cruento drama se inició el 11 y se definió el 12. ¿Quién es el responsable de la desorganización?

Un pueblo que no tiene jefe porque el que debiera desempeñar las funciones de tal, mató el imperio de la ley, y en vez de dirigirlo como era su deber, lo atropella y asesina; se ve en la necesidad de levantarse y no teniendo autoridad alguna á quien dirigirse, se hace justicia por su mano.

Quiero conceder hipotéticamente que el pueblo no hubiera comprendido la grande idea que se le atribuye á Morazán; pero siendo esto así ¿quién tiene la culpa?—¿El pueblo que no había sido enseñado, ó Morazán que no lo enseñó, que no esperó el tiempo preciso para la enseñanza y trató de imponerse y conducirlo como á los carneros al matadero?

Dije hipotéticamente porque el pueblo de Costa Rica, si no tenía ilustración bastante, se ha hecho notar siempre por su buen sentido, y comprendía de un modo claro que si bueno es tener la mano con sus cinco dedos sanos, no es bueno tenerla con uno de ellos

enfermo, de tal modo que la inhabilite hasta el punto de ser preciso colgarla al cuello en cabestrillo; y mucho más, si en vez de ser un dedo el enfermo son cuatro, porque en este caso sería mejor no tenerlos enfermos, para que la mano pudiera funcionar libremente con uno solo sano. Esto es tan obvio que hasta nuestro pueblo lo entendió y en consecuencia rechazó enérgicamente la pretensión de hacerlo formar parte de un todo no sano; porque, tiene tan buen sentido, que entiende hoy que á fuerza de salud se hará bastante fuerte, hasta servir de estímulo para que se curen los enfermos, estando dispuestos á conceder un puesto á su lado á los que ya curados lo soliciten.

Centro América toda amenazaba á Costa Rica, no por hacerle mal á ella, sino porque en ella estaba Morazán como Jefe.

El buen sentido del pueblo de Costa Rica se reveló una vez más.—Tenía la enfermedad en el *alma* y la echó; pero como había riesgo inminente de que se arraigara en otra de las partes del *cuerpo*, la suprimió.

Helo aquí todo.

## VI.

Que el Gobierno no procedió, al emitir el decreto de 15 de setiembre del corriente año, de acuerdo con el sentimiento nacional, del cual debe ser intérprete, es un hecho indiscutible.

En todos los países y en todos los tiempos, ha habido muchos que adulen y pocos que digan la verdad.

En el asunto “Parque Morazán,” sólo han tomado cartas de un modo definido de parte de los autores del decreto de 15 de setiembre, algunos empleados y

su órgano predilecto ha sido “El Comercio” que también es empleado, *porque recibe el pequeño auxilio que se le presta* (Gaceta Oficial).

Como nuestro pueblo es tan honrado que sus individuos no aceptan un cargo público cualquiera, por el sueldo con que es remunerado (en toda regla hay excepción) sino porque creen prestar un servicio, natural es que algunos, con simpatías ó sin ellas, por una causa cualquiera, tratan de apoyar al Gobierno que la sostiene.

Lo extraño es que haya opositores sin otro estímulo que la justicia, ante la cual se posterga el temor al Poder.

Si ha habido más opositores independientes que sostenedores empleados ¿cómo debe juzgarse?

Lo que debe creerse es lo que lógicamente se deduce del contenido de los siguientes párrafos escritos por el decano de los maestros entre nosotros, en el sentido social.

“Creyendo el Gobierno de esta República completamente extinguidos los odios de partido, y con el propósito, supongo, de dar una prueba de la extinción de esos odios, ó tal vez de amistad ó deferencia al partido hoy dominante en Centro América, ó quién sabe con cual otro motivo, porque carezco de datos para hacer afirmación alguna, emitió el decreto de 15 de setiembre del año en curso.

“Era de esperarse que el partido *morazanista* acogiera con agradecimiento el proceder generoso de la República, ó que por lo menos guardara silencio sobre el particular.

“En vez de realizarse esta legítima esperanza, que era natural abrigásemos, nos contesta aceptándolo

como expiación del infame asesinato cometido en la persona de Morazán.

“Por mucha calma, resignación y paciencia de que un hombre pueda estar dotado, es imposible sufrir á sangre fría insultos tan procaces como groseros, y guardar un silencio que bien pudiera interpretarse como asentimiento al cargo que se nos dirige.

“Por mi parte confieso que pocas veces, tal vez nunca, había sentido hervir mi sangre con tanto calor como ahora.

“Madre y patria ocupan en mi corazón el mismo lugar, y nunca veré con indiferencia el insulto hecho á una ó á otra.”

Nada puedo agregar á lo anterior si no es la manifestación del deseo de que vean los que tienen ojos y de que oigan los que tienen oídos.

### **Un hijo de Costa Rica.**

(De “La República” de 24 de noviembre.)

---

---

## **MORAZÁN.**

---

Me había propuesto no separarme de los puntos fijados en mi primer artículo; esto es, la inculpabilidad de la República por la ejecución del General Morazán, y la negación de las dotes eminentes que se le atribuyen; pero en el número 156 de “El Comercio” se me acusa de haber combatido bajo el anónimo el tratado de paz, amistad, comercio y extradición, celebrado en el año próximo pasado, por plenipotenciarios centroamericanos.

Miente villanamente el que tal asegura; y lo desaffo, al mismo tiempo que autorizo á todas las imprentas para que exhiban una sola línea mía que no esté cubierta con mi firma.

Tengo muchos defectos. Durante mi larga vida he cometido errores y extravíos que de buena gana quisiera reparar; pero la alevosía jamás se ha albergado en mi pecho.

El que en el año de 1873 dijo cara á cara á la pantera de Guatemala verdades amargas con riesgo de su vida: el que también en plena asamblea y ante un concurso numerosísimo censuró sin rodeos, en el año de 1880, el poderío del hombre á quien han llamado “León”: el que en estas circunstancias arroja el guante

á una secta de fanáticos exaltados, á ciencia cierta de que contra él se han de desencadenar torbellinos de las injurias y denuestos, no puede ser de los que tiran piedra y esconden la mano.

Siempre he dicho la verdad y no tengo porque arrepentirme.

Barrios injurió de hecho y de palabra á todos los que creyó sus enemigos, mientras que á mí no me dirigió una sola mal sonante; no me mandó á la cárcel confundido con los presos comunes, y si me desterró, fué con comedimiento y obligado, según me dijo, por las circunstancias.

El General Guardia jamás me persiguió, y antes bien me hizo ofrecimientos que yo sentí no poder admitir.

Cuando hablaba de mí con mis amigos, decía: "Volio es tonto, pero honrado;" con lo que me daba todo lo que yo he apetecido.

El Señor General don A. de Jesús Soto, á quien altamente estimo, y cuyas virtudes cívicas me complace en reconocer, pensará en esta cuestión como mejor le parezca, sin que, porque no estemos acordes, se disminuya la recíproca afección que desde que nos conocimos nos hemos profesado.

No sería esta la primera ocasión que ha existido divergencia en nuestras opiniones.

En el congreso á que ambos concurrimos, casi no pasaba día sin que nos encontrásemos en pugna, y no por esto dejé de apreciarlo y respetarlo.

De la administración actual soy sincero y eficaz partidario porque creo que va por el buen camino; y no por esto he encontrado inconveniente en presentar á la Comisión Permanente en el mes un dictamen con-

tra un proyecto de ley iniciado por el Poder Ejecutivo.

Al modesto y patriota ciudadano que hoy ejerce el poder le debo gratitud y respeto; estoy dispuesto á hacer por él, si necesario fuese, toda clase de sacrificio; soy, en una palabra, su amigo, pero no su esclavo.

Prosigo el examen de los gloriosos hechos de armas del General Morazán.

Florón número dos.—Batalla de San Miguelito. El que tenga buenos ojos podrá descubrir en ella las altas dotes de heroico valor y genio del General Morazán. Yo no puedo verlas, porque el General no asistió á la batalla.

Florón número tres.—Gran batalla de las Charcas. Aquí creerán los lectores que van á encontrar á un Páez al frente de 150 lanceros batiendo y derrotando por completo á un ejército de cuatro mil veteranos, experimentados y aguerridos, bajo el mando de un experto General.

La decepción será completa, pero la culpa no es mía.

Grande y gloriosa batalla han llamado á esta los *morazanistas*, y grande y gloriosa la he de llamar yo.

Situado el General Morazán cerca de la hacienda de las Charcas, con su fuerza en formación de batalla, se le aproximó el enemigo, pero no tanto que quedase dentro de tiro.

Avanzaron un poco más quinientos hombres, tan valientes y aguerridos, que á las primeras descargas hechas por dos compañías sobre sus flancos, huyeron sin haber hecho un solo tiro, y sin que el mismo General supiese el motivo por que huían.

El autobiógrafo nos asegura que un gran concur-

so presenció el espectáculo; pero olvida decirnos si lo aplaudió; yo creo que sí, porque el sainete estuvo bonito.

**J. Volio.**

(Continuará.)

(De "La República" del 26 de noviembre.)

---

## MORAZÁN.

---

(Continúa)

Toma de la plaza de Guatemala  
en abril de 1829.

Florón nº 4.—Haciendo á un lado gárrulas descripciones, huecas y pomposas frases, tanto más sospechosas cuanto más exuberantes, compulsemos los hechos y coloquémoslos bajo su verdadero punto de vista.—Si de alguno de ellos brota la sagrada llama de la intuición con que algunos seres privilegiados penetran lo que está velado al ojo común de la humanidad: si en ellos encontramos semejanza á los que por millares nos han dejado los grandes capitanes, yo seré el primero que humille la frente ante la figura de Morazán, como la humillo ante los héroes de la epopeya Sud Americana. El General Morazán disciplinó fuerzas en el Salvador y marchó sobre Guatemala á la cabeza de un ejército de 2,000 hombres, compuesto de hondurenses y salvadoreños. Esta fuerza tomó la denominación de ejército aliado protector de la ley.

Ya de camino se le unió un escuadrón procedente de la Antigua al mando del General Saget, que fué de mucha utilidad en la campaña.

A medida que avanzaban las fuerzas invasoras se iban pronunciando en su favor todos los departamentos del estado de Guatemala. Se organizó en la Anti-

gua un gobierno y el General Morazán pudo contar con las fuerzas de Honduras, el Salvador y Guatemala, que continuamente engrosaban las suyas con hombres, armas y dinero; por lo que en adelante se apellidó General de los ejércitos aliados, en vez del ejército aliado. Con tan gran potencia la mayor que era posible levantar en Centro América, creeríase que se disponía á atacar una plaza rodeada de fuertes, con sus escarpas y contra-escarpas, rebellines, muros aspillerados, formidable artillería, y sobre todo, defendida por numerosa y valiente guarnición mandada por un héroe.

Sólo así podrían explicarse las idas y venidas, las indecisiones, las conferencias en Ballesteros, la intervención del Ministro de Holanda, las nuevas acumulaciones de fuerza, y el tiempo que se dejaba transcurrir para que el enemigo se debilitara. Pero la situación de la ciudad estaba muy lejos de ser lo que era de creerse. A pesar de los esfuerzos que, según nos dice Montúfar, hacían el arzobispo, los frailes, las monjas y la madre Teresa con todos sus milagros; don Mariano Aycinena, que, como muy bien dice el mismo Montúfar, no era un Romano que supiese morir defendiendo el campo, sólo era dueño del terreno que pisaba.—Sus dos mil hombres, ó mejor dicho sus dos mil carneros que huyeron en las Charcas sin disparar un solo tiro y sin que el enemigo supiese el motivo porque huían, harto disminuídos ya por los centenares de prisioneros que dejaron en las ya referidas Charcas, por las bajas producidas en las diferentes escaramuzas, y por la deserción, constituían todo el activo de la fuerza, para defender los parapetos de tierra, enfáticamente llamados la triple línea de de-

fensa. Cualquier otro que no hubiese tenido más cualidad que la de ser menos *prudente* que Morazán, empuña una escoba, embiste la plaza, y en menos de cinco minutos barre el bonachón de don Mariano, sus carneros, monjas y frailes, con la madre Teresa á la cabeza. Pero el gran General era demasiado cauto: necesitaba más tiempo y mayores precauciones. Grandes rondas, rondas mayores, dragones, alumbradores, ingenieros para cortar una pared de tapial, estrategias para engañar al enemigo sobre el efectivo de sus fuerzas, todo éso le era necesario para decidirse al salto.

Acomete la primera línea que tomó heroicamente, porque no la defendía ni un solo soldado.

El Coronel Gutiérrez ataca la segunda línea, defendida por un puñado de valientes mandados por un oficial que no se atreve á disparar las pistolas que lleva en mano, dejando así admirado al asaltante Gutiérrez.

La tercera y última línea, es decir, la plaza misma, no se rinde sino en virtud de una capitulación en que el General prometió bajo su palabra de honor respetar la vida y propiedades de los habitantes.

Hasta aquí lo relativo al glorioso hecho de armas.

Veamos ahora el no menos glorioso de faltar al cumplimiento de lo capitulado.

No bien había tomado posesión de la plaza el General, cuando redujo á prisión á los principales de sus adversarios, reservándose el hacer después otro tanto con un gran número de personas.

Montúfar, olvidando que entre el vulgo de sus lectores podía haber algunos que entendiesen la significación de las palabras, pretende defender á Morazán

diciendo que sólo había prometido respetar las vidas y las propiedades.

¡Como si el cuerpo de un hombre no fuese su primera y más sagrada propiedad!

El que secuestra el cuerpo, secuestra más que la casa y que la hacienda.

El *habere corpus* de los publicistas y jurisconsultos, consignado en todas las constituciones modernas, significa, y Montúfar debe saberlo muy bien, tener propiedad sobre el cuerpo.

(Continuará.)

**J. Volio.**

(De "La República" del 29 de noviembre.)

---

## MORAZÁN.

---

(Concluye.)

Muchas veces mientras escribía los artículos que han visto la luz, he estado á punto de reprenderme el no haber atenuado, aunque no fuera más que en las palabras, las apreciaciones que he hecho sobre Morazán para no irritar demasiado la susceptibilidad de sus partidarios.

Un folleto titulado "Morazán y la Federación" publicado en Guatemala el 15 de setiembre del corriente año, ha venido á quitarme todo escrúpulo y á convencerme de que en esta contienda es inútil guardar consideraciones.

En el preámbulo del citado folleto se apellidan á las cinco Repúblicas centroamericanas, cinco mugrientos andrajos, y á los que no tenemos la dicha de opinar con ellos, *canalla, hediondo estiércol*, y otras lindizas del mismo jéez.

En parte me complace el ver que cuando se dirijan á mí personalmente, no podrán lisonjearme más de lo que ya han lisonjeado á una colectividad que en nada los ha ofendido.

En pocas frases dejaron agotado el vocabulario, y ya nada hay más que temer de ellos.

Los papeles públicos de Honduras no emplean el

mismo lenguaje; pero sí persisten en llamarnos infames asesinos de la más ilustre víctima, procurando suavizar la injuria atribuyéndola á unos pocos y no al pueblo entero. Como si no fuera de todos sabido que ese mismo pueblo á quien por un lado justifican y por otro condenan, autorizó con su presencia el hecho y conservó en sus empleos y honores á los que lo ejecutaron, asumiendo de esta manera toda la responsabilidad, puesto que, pudiendo impedirlo, no lo hizo.

Menos grave encuentro la acusación de perpetrador directo del hecho que el de consentidor voluntario.

Estoy seguro de que cualquier hombre preferirá la acusación de adúltero, antes que la de consentidor en las liviandades de su mujer.

No cabe término medio: ó fué un semi-dios el que sacrificamos injustamente, y entonces no tenemos más recurso que el de alargar el pie para que nos remachen la cadena del galeote, ó simplemente fué un hombre común y nosotros obedecemos á una necesidad del momento, en uso de un derecho natural, en el cual caso quedaremos nivelados con Honduras, en la ejecución de Delgado, y con Guatemala en la de Castañeda y compañeros, desapareciendo así todo motivo para que recíprocamente nos dirijamos humillantes epítetos.

Florón número cinco.—Gualcho.

Es difícil apreciar con exactitud el número de los que en este lugar combatieron por uno y por otro bando.

No hay más datos que los suministrados por los mismos interesados, datos que invariablemente se comunican en una forma estereotipada. Nunca en ninguna parte se ha dicho “éramos cinco contra uno”: al

contrario, siempre indefectiblemente dice el participante que ha sido uno contra dos, contra cinco, ó contra diez. En esto y en agregar que las bajas han sido en la proporción de diez contra ciento, hacen consistir toda la importancia de una acción de guerra.

El jefe que mandaba la facción contraria á Morazán es el mismo Domínguez que en todos los encuentros que tuvo durante su vida dió muestras de la más cabal ineptitud, y que en el caso actual, no supo siquiera cerrar el camino por donde su enemigo pudiera salir de la olla en que se encontraba.

Morazán, según él mismo cuenta, no podía permanecer en las casas de la hacienda, dominadas por una altura de más de 200 pies: tampoco podía continuar la marcha, ni emprender la retirada.

Adoptó entonces el único partido que le quedaba: acometió al enemigo y peleó al igual de todos sus subalternos. Sin embargo de que no se nos hace notar acto alguno que le coloque una sola línea más arriba de cualquier otro de los combatientes, este hecho de armas lo elevan los *morazanistas* al lado de los más grandes que registra la historia.

Marengo, Austerlitz, Junín, Ayacucho y Gualcho, fueron desde entonces igualmente grandes para ellos, y todavía hoy no tienen bastante vista para distinguir la diferencia entre la luz del sol y la de una vela de sebo.

Napoleón, el que supo domar á Chuanes, Vendianos, realistas y republicanos, para hacerlos á todos franceses: el que sometió la Europa continental al poder de la Francia: el que derribó á los reyes de derecho divino para sentar en sus tronos á los constitucionales: el que daba y quitaba coronas á su antojo. Bo-



lívar que arrebató al poderoso conquistador la mitad de un continente: que fundó nueve naciones, sacándolas de la nada, é infundiéndoles la vida y la libertad. Estos dos colosos, admiración del universo, apenas alcanzan en estatura al héroe de Gualcho, que nada estable fundó, que derramó en luchas fratricidas y estériles la sangre de infelices, que ni aun sabían por qué daban la vida.

Morazán encontró hecha la independencia de España y de México, y unidos los estados centro americanos por un pacto federal, lleno, es verdad, de defectos.

Á haber sido, no ya un héroe ó un genio, sino un hombre de mediana superioridad, desde que obtuvo los triunfos de Gualcho, Espíritu Santo, la Trinidad, Guatemala y otros, todos á cuál más pequeño, pero que indudablemente le dieron prestigio, habría dominado la situación y evitado desastres y calamidades que hicieron de Centro América, en el tiempo en que él figuró y todavía después de haber desaparecido, una guarida de salvajes, sumidos en la mayor ignorancia, cargándose de ignominia en todos sus actos, y devorándose unos á otros como verdaderos cánibales.

Morazán no supo corregir esta situación: no pudo dominarla, ni dejó sembrada una sola semilla que en adelante pudiera producir buenos frutos.

La federación, su ideal, según los morazanistas, le fué completamente desconocida aun en sus más simples rodajes, y por eso fué que no pudo impedir que el edificio se desplomase sobre su cabeza, dejándolo sepultado en las ruinas.

Suprímase á Morazán de la historia y no por eso

el cuadro que presenta Centro América desde su independencia hasta hace pocos años, será más lúgubre y aterrador de lo que fué figurando en el primer término.

Apartemos la mirada de esos vergonzosos episodios escritos con sangre y fango, consagrados á discutir cuál de los diferentes caudillejos que azotaron á Centro América derramó más ó menos sangre de hermanos, fué más ambicioso, más torpe, ó excedió en perversidad á sus adversarios.

Convengamos en que entre todos ellos no hay uno sólo que valga gran cosa.

Si Morazán—dirán algunos—no nos dió la independencia; si no supo dominar la situación; si tampoco supo corregir los vicios de la federación para evitar que se desplomara sobre su cabeza, por lo menos venció á la nobleza y expulsó á los frailes.

Fijándonos un momento en ambos hechos podremos apreciarlos debidamente.

Así como para hacer un pastel de pescado, se necesita ante todo pescado, para vencer á la nobleza se necesita que exista la nobleza.

La población de Centro América se componía en aquella época, lo mismo que hoy, de unos cuantos negros de pura raza; de una enorme masa de indios nativos; de otra relativamente pequeña de mestizos más ó menos blancos, y entre todos esos elementos, un clérigo que se titulaba Marqués, sin Marquesado ni privilegios.

Esa fué la nobleza que venció Morazán.

Probablemente los liberales han querido significar con ese nombre impropio de nobleza y aristocra-

cia, el partido conservador, que ni venció Morazán ni nadie podrá vencer jamás, porque existe lo mismo que el liberal, en la naturaleza del hombre.

La humanidad no es un regimiento que marche á toque de tambor: la componen hombres que fácilmente se precipitan á lo desconocido, y otros que retardan el movimiento, con lo que se restablece el equilibrio.

Si solamente existiese en el organismo social el último de estos factores, la sociedad perecería por estancamiento; y si sólo existiese el primero, iría de tumbo en tumbo hasta romperse.

De la misma manera que una nave necesita velas que la impulsen y lastre que regularice el movimiento, de la misma manera la sociedad está sujeta al sistema de compensación.

El ignorante piloto que comete la imprudencia de lanzarse á la mar sin proveerse del necesario lastre, mucho habrá de lamentarlo en el primer vendabal.

La expulsión de los frailes en el siglo diez y nueve, después que la Francia había cantado la Marselesa y la España el Trágala, no es empresa de gigantes.

Son los frailes hojas secas que se desprenden del árbol al primer viento de otoño.

Costa Rica no tiene que arrepentirse de haberse separado de la conflagración general, para dedicarse, sin ayuda de caciques, á su desarrollo y pronto engrandecimiento.

Mal que les pese á los *morazanistas*, que en cortésano lenguaje la apellidan *mugriente andrajo*, es lo cierto que mientras se ha gobernado por sí misma, no

ha perdido una sola pulgada de su territorio: ha estrechado buenas y cordiales relaciones con todas las naciones cultas, por las que es considerada como igual, no por las fuerzas de que dispone, sino por el acierto y tino con que ha sabido mantenerse respecto de ellas.

Rica, próspera y feliz, marcha con pie seguro hacia un porvenir más venturoso: vive bajo un gobierno de leyes que da plena satisfacción á todos los intereses: no tiene déficit en su presupuesto, su crédito se halla á una altura envidiable, la instrucción pública se encuentra bien sistematizada y generalizada; sus códigos la honran; y sus telégrafos y ferrocarriles dan testimonio de lo que puede un pueblo pequeño, pero honrado, laborioso y progresista.

Nuestro único héroe es Juan Santamaría, voluntariamente inmolado para salvar la vida de un ejército. No admitimos aquí semi-dioses, ni héroes, ni genios de cartón: apenas si hay media docena de teófilos (tomo la palabra en su sentido etimológico—adoradores de ídolos) que lo son porque no han tenido tiempo de meditar en los verdaderos intereses de la patria.

Locos de atar serían los que intentasen abandonar esta posición bonancible para lanzarse en un camino de aventuras y peligros, antes de haber salvado todos los obstáculos que hoy se oponen á la unión de Centro América; antes de haber removido las cenizas mal apagadas del pasado incendio.

Florón número seis.—Heroica retirada de Morazán el 19 de marzo de 1840.

Morazán al mando de 900 salvadoreños, según unos; al de 1,500, según otros; y al de 1,200, según

el viajero Dunlop, en quien no cabe sospecha de parcialidad, se acercó á dos marchas de Guatemala.

Sorprendido Carrera por tan inesperada invasión dejó una parte de sus fuerzas en la plaza de la ciudad y con las restantes, se retiró á Aceituno, finca situada á 4 ó 5 kilómetros.

Morazán batió la fuerza de la plaza y sin dificultad tomó posesión de ella.

No es verosímil que las fuerzas de Carrera subiesen á 5.000 hombres, porque su fuerza habitual en la ciudad, nunca excedió de 2.000. No pudo aumentarla en la misma ciudad, que le era contraria; tampoco en Aceituno, porque no tenía depósitos de hombres ni de armas; pero sea de ello lo que fuere, es lo cierto que Carrera bajó de Aceituno y estrechó á Morazán en la plaza.

Lo que pueden hacer 1,200 soldados valientes y disciplinados contra 5,000 montoneros indisciplinados, está al alcance de todo el mundo, y si no lo estuviera, Montúfar nos lo enseña en la página 299, tomo 3º de su *Reseña Histórica*.

Oigámosle: "Las tropas del montañés eran indisciplinadas y salvajes; una serie de hechos históricos desde la conquista nos demuestra todo lo que vale la inteligencia de unos pocos contra la barbarie de muchos."

Reflexión exacta y oportuna para que quede de relieve la incapacidad de los que no saben balancear la fuerza numérica con la del valor, pericia é inteligencia.

150 hombres bajo el mando de un héroe, bastaron para vencer un ejército de 4,000 valientes veteranos.

1,200 soldados valientes sucumben ante 2 ó 5,000 montoneros indisciplinados, prueba evidente de que Morazán no excedía las proporciones de un cabo de escuadra.

Durante todo el día 18 no intentó un solo movimiento salvador, ni adoptó un solo recurso que pusiese término á los estragos que sufría, porque en realidad estaban fuera de su alcance.

En una capitulación no podía pensar, porque él sabía por experiencia propia lo que valen las capitulaciones entre guerrilleros.

Fortificarse dentro de la plaza en espera de recursos que podían llegarle de la Antigua, de los Altos, ó del Salvador, habría sido un procedimiento de los que comunmente se ven en semejantes ocasiones; pero Morazán, como lo observa muy bien Montúfar respecto á don Mariano Aycinena, no era un romano que se decidiese á vender cara su vida.

Para emprender una retirada militar en regla, habría sido menester que imitase al caballero sin miedo y sin mancha, que colocado á la retaguardia de su deshecha hueste, marchaba de espaldas, con la cara vuelta al enemigo, infundiendo más terror que cien.

Deshechados estos tres recursos le quedó el de la fuga en la oscuridad de la noche y á favor de una estratagema que en vano se empeñan en negar los que sienten toda la deshonra que envuelve semejante huida.

Pero mientras que ellos no pueden aducir una sola prueba moral ó material para rechazar el cargo que le resulta á Morazán, tres hechos abrumadores lo confirman.

Primero.—Es humanamente imposible que haya pasado un cuerpo de 400 hombres haciendo fuego por entre una turba enemiga sin que se notara su paso. Que la salida de Morazán no se notó, sino hasta después que alumbró la luz del día 19, es un hecho admitido por sus mismos defensores. (\*)

Segundo.—Sumando el número de las víctimas cruel é inhumanamente fusiladas por pelotones en la plaza, con la de los prisioneros que rebosaban las cárceles, y después fueron devueltos al Salvador mediante un tratado, dan un producto aproximado al de las fuerzas con que Morazán entró.

Tercero.—Si Morazán huyó de la plaza de San José de Costa Rica acompañado solamente de Saravia y Villaseñor, abandonando todo su tropa á merced del vencedor, no hay motivo para negarse á creer que en las mismas circunstancias hiciera en Guatemala la misma cosa.

Los antiguos tenían un aforismo que traduzco en obsequio de los que no saben el latín.

“El que una vez huye, se presume que en caso semejante siempre ha huído.”

Á esto está reducida la heroica retirada de la plaza de Guatemala.

Abusaría de la paciencia del público, si por más tiempo continuara expurgando los hechos de Morazán, entre los cuales hay algunos que mueven á compasión y otros á risa.

---

(\*) Carrera se puso inmediatamente á la zaga de los prófugos, sin poder darles alcance.

Pongo por lo tanto punto final para no volverme á ocupar en este asunto si no es que alguna circunstancia imperiosa me lo exija, entendiéndose que no calificaré como tal los denuestos ó injurias con que me regalen los cultos morazanistas.

**J. Volio.**

(De “La República” de 10 de diciembre.)